

obra; y de ningún modo se alejaba mejor toda sospecha, que alegando el pretexto de la curación.

»Fácil es comprender que, si el verdadero móvil de Carrasco hubiera sido curar la locura de Don Quijote, le hubiera impuesto una reclusión en su aldea por cinco años ó por seis, en lugar de hacerlo por uno sólo; y en efecto, el Bachiller, de paso para su aldea, contó á los duques el resultado del combate y la penitencia que le había impuesto de estar quedo en su casa todo un año sin tomar las armas. No pudieron los duques, que eran buenos cristianos, censurar una acción tan caritativa en las apariencias; pero no dejaron de manifestar su disgusto, porque se quitaba del mundo al loco más agradable que jamás había existido.

»El Bachiller, por congraciarse con ellos, les confesó francamente que su intento no era de modo alguno privar al público del placer que le proporcionaban las locuras de su héroe; sino, por el contrario, conservarlo por medio de forzada tranquilidad, muy necesaria al restablecimiento de su salud. La locura, les dijo, le lleva mucho más lejos de lo que sus fuerzas alcanzan; de sus dos primeras salidas volvió á su casa tan extenuado que casi perecía de inanición, y como sin recurrir á un artificio no es posible que ponga fin á sus correrías y modere el furor de su ánimo, tuve la idea de vencerle en singular batalla, para obligarle por las leyes de su negra caballería á lo que nunca hubiera podido reducirle por razones; y últimamente aseguró á sus altezas que tenía más interés que nadie

en que Don Quijote se pusiera nuevamente en campaña, para que diera ocasión á su pluma de comunicar nuevas aventuras á Benenjeli.

»Vencido en Barcelona Don Quijote, por el Bachiller Carrasco, disfrazado bajo el nombre del caballero de la Blanca Luna, volvió tristísimo á su casa, donde llegó pocos días después que su vencedor. Mientras tanto, Benenjeli trabajaba sin descanso en ordenar las noticias que había reunido de la tercera salida de su héroe, y acariciaba la idea de escribir muchos volúmenes, continuando la historia de sus famosos hechos, cuando recibió la carta siguiente, firmada por el Bachiller.

CARRASCO Á BENENJELI

«He ido dilatando el escribir á vuesa merced, señor Benenjeli, desde que le remití mis apuntes, porque habiéndome caído gravemente enfermo Don Quijote al llegar á su casa, deseaba comunicarle el fin adverso ú favorable de su enfermedad. La locura altera siempre la salud por la fatiga que causa al cuerpo, muy superior á las fuerzas de la compleción del paciente. Don Quijote llegó á su aldea penetrado del dolor de su vencimiento, y todavía más con la duda del desencanto de Dulcinea que nunca llega; y las reflexiones á que se entregaba noche y día, deplorando sus infortunios, le hacían andar gimiendo y llorando continuamente; por lo cual no es extraño que el cuerpo participara del abatimien-

»to del ánimo. Al cabo, después de haber desesperado
 »muchas veces de su curación, acabo de dejarle ago-
 »nizante. Creo, pues, que su historia y nuestras ga-
 »nancias han terminado con su tercera salida. Soy
 »de vuesa merced, etc.»

»Sorprendido Benenjeli con tan funesta noticia, y afectado con las consecuencias de la muerte de su héroe, la comunicó al librero, cuya consternación fué mayor todavía, pues con la falta de Don Quijote perdía la esperanza de un lucro considerable que podía realizar en poco tiempo. Pero como es menester consolarse de todo, y especialmente cuando no hay otro remedio, resolvió terminar la impresión de lo que alcanzaban las notas de Carrasco, temiendo que la muerte de Don Quijote resfriase el entusiasmo de los lectores de sus locuras.

»Y fué el caso, que apenas Benenjeli había entregado su manuscrito al editor, recibió nueva carta de Sansón Carrasco, que le participaba la convalecencia del caballero, y la resolución que había tomado de pasar el año de su destierro en el ejercicio pastoril, á imitación de otros personajes de los libros de caballerías que le daban el ejemplo. Añadía el Bachiller, para animar al escritor, que esperaba de este nuevo aspecto de la locura del héroe, cosas tan buenas como del anterior, y que el interés de la novedad prestaría mayor atractivo á la historia, aumentando su mérito.

»La alegría que semejante noticia causó á Benenjeli fué turbada muy luego por la orden fatal que

recibió para salir de los reinos de España en el término de tercero día, bajo las penas contenidas en el edicto de expulsión. Dos años hacía que había obtenido dispensas, so pretexto de los muchos negocios importantes á S. M. que debía dejar arreglados, por haber sido empleado en Rentas reales; y como contaba además con muchos protectores en la corte, que habían dado fianzas por su persona, esperaba obtener un permiso para quedarse en España. Mas todo favor fué inútil; el edicto que arrojaba de España á toda la raza morisca, fué ejecutado sin excepciones; y cuando confiaba que nadie se acordaría de él, recibió la orden de marchar, y tuvo precisión de hacerlo en el plazo señalado.

»Tuvo, por tanto, Benenjeli asuntos más graves en qué ocuparse que los de la historia de *Don Quijote*. Y aunque hacía pocos días había recibido nuevos apuntamientos de Carrasco referentes á las aventuras y ocupaciones pastoriles del héroe bastantes á llenar un grueso volumen, ni tuvo tiempo de escribirlas, ni aun siquiera de hablar con el impresor; y es probable que aún habiéndole visto no hubiera tenido la humorada de abandonarle el fruto de sus vigiliias. Salió Benenjeli precipitadamente llevándose todos sus efectos, y sin cuidarse de que *Don Quijote* iba á pasar por muerto, pues por no haber tenido un momento para ir á casa del librero, dejaba sin corregir la hoja en que se contaba su fallecimiento.

»El Bachiller, entretanto, que había enviado sus apuntes y esperaba en vano cada día la letra de cam-

bio ó el dinero, según tenía estipulado, escribió á uno de sus amigos para que averiguase la razón de la tardanza; y por él supo la precipitada marcha de Benenjeli, que el librero tampoco sabía; y decidió ir á Salamanca para lograr se le abonase el valor de su último manuscrito.

»Sin embargo, Benenjeli, establecido ya en Berbería, escribió en secreto á Sansón Carrasco, anunciándole que esperaba volver á España porque sus amigos, que eran muchos y buenos, harían presente al rey que sus órdenes se habían cumplido, y que su regreso era útil al Estado; y le rogaba que continuase tomando notas de los sucesos, cobrando del librero, á quien envió las órdenes oportunas, todo lo que se le debía por sus trabajos. Pero se sospecha, que Cide-Hamete Benenjeli no volvió á España, sea porque la muerte atajara sus intentos, sea que no consiguiera el permiso esperado, puesto que este manuscrito se encontró entre sus papeles sin haber sido impreso nunca, y la muerte de *Don Quijote*, á la vuelta de su tercera salida, ha seguido pasando por un suceso verdadero.

»Esto es cuanto podemos asegurar. Ahora vamos á decir á los lectores como vino este manuscrito á parar á manos de quien hoy le ofrece al público.

»Con la esperanza de volver á España, continuaba Benenjeli trabajando sobre los apuntes de Sansón Carrasco, y compuso la continuación de las aventuras, dándoles forma y estilo tan agradables como él solamente sabía hacerlo, para reducir á historia que no

se separase un punto de la verdad, locuras tan del gusto de todo género de lectores.

»Este último parto de su ingenio, encontrado entre los efectos de su herencia más de setenta años después de la impresión de los primeros tomos, no merece en nada de aquellos.

»Los turcos, que no son muy aficionados á las letras, habían menospreciado la parte de herencia que consistía en papeles, y ha sido casualidad harto feliz la de encontrarlos después de tanto tiempo en un baul, que nadie había registrado después de su muerte, y que estuvo mil veces á punto de ser echado al fuego. He aquí su historia: «Pasó á España un joven natural de Dunquerque, y luego se embarcó en Barcelona para ir á Italia; la embarcación fué apresada por un corsario marroquí, y en Tetuán fueron vendidas las mercancías y los esclavos. El joven, que Aranda era llamado, fué comprado por un rico armador, el cual, después de haberlo conservado á su servicio en la ciudad por espacio de dos ó tres meses, lo envió á una quinta situada á corta distancia, para que con otros se ocupase en arreglar la huerta.

»La mujer del armador era hija de una morisca española, y hablaba perfectamente el castellano, porque su madre, que había sido expulsada de España, como todos los suyos, cuando era todavía muy joven, por el edicto de Felipe III, había conservado siempre grandísimo afecto á su patria y á la religión cristiana en que había sido educada, y en que instruyó á su hija. Muerta la madre, quedó la hija en poder de sus

parientes, que eran musulmanes, y que la hicieron casarse, á pesar de su resistencia, con uno de su secta. Pero ella conservaba siempre el recuerdo de la educación que había recibido, y guardaba en su corazón el deseo de volverse á España, si el cielo le proporcionaba alguna ocasión, para morir en sus verdaderas creencias.

»En Aranda creyó ver la desdichada morisca un hombre á propósito para poner en práctica sus desig-nios; pero quiso tener pruebas de su fidelidad antes de hacerle la entera confianza que deseaba. Mientras permaneció en la ciudad, donde el armador lo retuvo algún tiempo, como hemos dicho, porque lo había comprado á muy subido precio teniéndole por hombre distinguido, y esperaba lograr un buen rescate, iba la dueña con mucha frecuencia á un jardín cuyo cuidado estaba á cargo de Aranda. Cierta día que el dueño estaba ausente, fué la morisca á buscarle y le encontró en un pabelloncito, donde se cerraban las herramientas; era la hora de siesta y estaba dormido teniendo en la mano un libro forrado en pergamino que era todo lo que habían dejado de su equipaje. Curiosa la morisca, como todas las mujeres, tomó el libro sin despertar á Aranda, y viendo que era la historia de *Don Quijote de la Mancha*, leyó algunas hojas, volvió á dejarlo y se marchó. Tornó á su paseo una hora después, y encontrándole en su trabajo trabó conversación, procurando hacerle conocer que no le era indiferente. Algún tiempo después, el dueño comprendió que el esclavo

no era de la calidad que él había supuesto, y pesaroso de haberle pagado tan caro se vengó destinándole á los trabajos más penosos, y colocó en su lugar para el servicio de la casa á un jovencillo de quince años.

»Tal cambio desconcertó á la morisca, porque dificultaba las ocasiones de departir con él frecuentemente; pero hizo de la necesidad virtud, aplaudió el cambio verificado en la servidumbre y se lanzó á discurrir otros medios de llevar á cabo sus proyectos. Mientras por una parte distraía á su marido, aplaudiendo la elección que del joven había hecho para regar las flores y servir la casa, porque su salud delicada no le hacía apto para trabajos más fuertes, por otra daba órdenes muy reservadamente á los que mandaban en los esclavos para que tratasen con indulgencia al pobre Aranda, y éste conoció muy luego, en los miramientos que le guardaban, el interés que á su señora inspiraba. Algún tiempo después se rescató uno de los inspectores, y entró en su lugar un renegado de crueles instintos que hizo empeorar la suerte de Aranda. Siempre en Berbería encargan á los renegados la custodia de los esclavos cristianos, creyendo que otros de su misma religión tendrían demasiada dulzura y miramientos con aquellos desgraciados cuya suerte es tan digna de conmiseración.

»Con el nuevo inspector sufrió Aranda la misma suerte que los demás; porque era aventurado en la señora el volver á hablar en favor suyo. Pero si no pudo aminorar sus trabajos, procuró consolarle por medio de una carta en la que le ofrecía la libertad,

si quería hacer lo que se le mandara, y se la entregó diestramente y en presencia de su mismo marido al tomar un ramo de flores que había encargado le cogiesen. La carta estaba concebida en estos términos:

«Por muy poca que sea tu vanidad, gentil cristiano, más de una vez habrás descubierto el interés que me inspiras. Desecha la tristeza y cobra valor, pero procura corresponder al deseo que abrigo de proporcionar tu felicidad, é informarme por medio de una carta de lo que pasa en tu corazón. Y nada más te digo porque no me aventuro hasta estar asegurada de tu fidelidad y discreción. Dios te guarde.»

«Leyó Aranda el billete y se imaginó que su señora estaba enamorada de él; y con esta idea fijó todas sus atenciones y cuidados en corresponderla. Era una mujer de veintiocho años, alta, de agradables maneras, y que conservaba en sus facciones toda la frescura de su juventud, de tal modo, que Aranda la encontró muy digna de ser amada, y unido á esto el deseo de la libertad, pues bien sospechaba que aceptando su amor tendría medios para rescatarse, resolvió darle á entender su pasión en un billete que con otro ramo puso en sus manos.

«Si tan grande es mi fortuna, queridísima dueña mía, que os haya merecido algún afecto, ya la suerte de esclavo me será dulce, tanto como hasta el día me ha parecido rigurosa. Aun á riesgo de mi vida podéis poner á prueba mi fidelidad y reconocimiento; pues preveo las dificultades que habremos de

vencer ante un esposo que os adora y jamás os abandona. Mandar os toca como señora y porque mejor que yo conocéis lo que puede hacerse, yo sólo puedo obedeceros ciegamente en el temor de que mi ignorancia ó el exceso de celo os sean fatales. Mandad, señora, disponed sin temor de ser vendida por un esclavo que os adora.»

«Segura la morisca por esta respuesta de la fidelidad de Aranda, revolvía en su imaginación mil medios para hablarle y comunicarle sus intenciones, aunque bien comprendió por la carta que las miras de aquél se dirigían á un comercio criminal, que no hubiera estado oculto mucho tiempo, exponiéndolos á ambos á las iras de un marido celoso y vengativo, á quien deseaba abandonar; cuando los designios de ella consistían en escapar á tierra de cristianos, donde podrían casarse, tornando al gremio de la Iglesia en que había sido bautizada; y esto, en verdad, le parecía punto menos que imposible sin la clara ayuda del cielo.

»Era necesario ante todo encontrar un modo de que su marido se alejase por algún tiempo, para poder concertar con Aranda el medio más fácil de pasarse á España, y como la mujer cuando la aqueja un deseo es más astuta y atrevida que el hombre para ponerlo en obra, ésta supo valerse del amor que su marido la profesaba, con una destreza tal, que aquél no concibió sospecha alguna.

III

Desde el punto en que suspendo la traducción, solamente se ocupa el *Prefacio* en narrar, de una manera difusa por extremo, cómo la morisca hizo que su marido volviera al mar con sus bajeles á buscar nuevas presas y á servir á Mahoma, que preceptúa el exterminio de los enemigos de su creencia, dejando en su casa á Aranda; cómo éste, solicitado por su señora, creyó que el medio mejor para lograr sus intentos era escribir al obispo de Ceuta, y cómo con la ayuda del prelado, que les envió una barca á la entrada de la ría de Tetuán, salieron una noche y se embarcaron tomando rumbo hacia Barcelona, á donde llegaron después de algunas peripecias, y reconciliados con la Iglesia se unieron en matrimonio. Aunque muy de lejos, toda esta intriga recuerda la historia del cautivo y de Zorayda.

Dos veces únicamente se habla del *Quijote* y de su continuación. «Una mañana (seguiré traduciendo literalmente), habiendo separado á toda la servidumbre que no era de su confianza, la morisca fué á buscar á Aranda al mismo pabellón en que otra vez le había encontrado leyendo la historia impresa de Don Quijote, y le dijo: ¿Qué leías, Aranda? Éste sin darla respuesta le entregó el libro, y ella al ver el título, exclamó: ¡Ah, es la historia de un loco á quien yo amo con delirio! nunca me canso de leer un manuscrito que es, al parecer, continuación de este

libro, y que encontré en un baúl arrinconado que procede de Benenjeli, según me dijeron, el cual, por todas las trazas, jamás se ha dado á la estampa. Prestadme este libro, y yo os prestaré en cambio mi manuscrito. Consintió Aranda, la señora fué á buscar su manuscrito, y habiéndolos cotejado vieron que continuaba la vida de Don Quijote después de su regreso de Barcelona; con lo que Aranda pensó que no había muerto Don Quijote.»

Esta escena, como el lector habrá comprendido, pasa á poco de haberse hecho á la mar el amo de Aranda con sus galeras; después no vuelve á tratarse del libro hasta el fin del *Prefacio* que termina de esta manera:

«Reconciliada la mora con la Iglesia, se casó algunos días después con Aranda á quien la esclavitud proporcionó la felicidad de poseer una consorte amable y bella, con riquezas bastantes para vivir en la abundancia. El mismo Aranda es el que, conservando el manuscrito y los demás papeles de Benenjeli, ha escrito este *Prefacio* á la continuación de la historia de Don Quijote, para facilitar su inteligencia.»

IV

Ya en camino franco el continuador, comienza diciendo que Don Quijote se restableció de su enfermedad y perseverante en su designio de dedicarse al ejercicio pastoril en compañía de su fiel escudero